

CASTELAO Y CATALUÑA: SEMEJANZAS ENGAÑOSAS

ENRIQUE UCELAY DA CAL
Universidad Autónoma de Barcelona

Las cosas son diferentes según desde donde se miren: ésta es una distorsión que se produce en todos los modelos políticos. Concretando, la política nacionalista frecuentemente es percibida como algo muy sencillo por los mismos nacionalistas, dado el idealismo con que sintetizan una visión de su propia *Heimat*, país o lugar de origen, y la simplificación externa con la que en consecuencia ven otras sociedades. Así "los catalanes" gozaron de un prestigio inmenso entre los otros nacionalistas peninsulares anti-españoles hasta los largos años posteriores a la guerra civil de 1936-1939: los catalanistas parecían los que iban por delante, marcando el camino, unos ganadores que lograban el éxito al que los demás aspiraban. Por contraste, desde los años sesenta entre los nacionalistas "independentistas" más excitados (incluyendo a los propios nacionalistas radicales catalanes) se produce una inversión, y el nacionalismo vasco más violento parece el ejemplo ideal a seguir (1). Pero, entonces como hoy, la comprensión de las condiciones que producen una situación dada como modélica es mínima: lo que interesa es la imagen neta y limpia, no la complicada interacción de procesos sociales, culturales, políticos, etc., que rápidamente ensucia o borra las líneas claras de todo esquema. Es en esta perspectiva que hemos de situar a Castelao como político delante de la triunfante autonomía catalana en los años treinta.

Como veremos, empieza a abundar la literatura sobre los contactos entre los diversos movimientos nacionalistas y/o autonomistas que pretendían realizar su propio proyecto patriótico frente a "España", o sea, el Estado y el nacionalismo español o españolista: al ser cada movimiento una esperanza de realización nacional particular pero a la vez una reivindicación común, al buscar la fuerza contra el enemigo de todos, surgen vistosas solidaridades, aparentes plataformas de actuación conjunta de gallegos, vascos y catalanes, que más adelante -a lo largo del agitado recorrido del "Estado de las autonomías" como *work in progress* en los años setenta y ochenta- han inspirado a algunos observadores a tomar como fir-

(1) La percepción de esta inversión entre los observadores catalanes ha sido muy tardía: véase por ejemplo la sorpresa de V. Villatoro, "Enveja per Euskadi", *Avui*, 30 agosto 1986, p. 23. También vale la pena insistir, aunque parezca obvio, que el uso de modelos como sustituto analógico de una interpretación más profunda no es una particularidad específica de nacionalistas, sino que -con los cambios correspondientes- es igualmente característico de obreristas, liberales y *tutti quanti*.

mes los juramentos y las apelaciones a la unidad tripartita (2). La interpretación básica que inspira muchos de estos estudios es más o menos consistente: en este caso concreto, Castelao es la inteligencia profética que representa todo un pueblo y que clama por la ayuda de los catalanes. Pero, lamentablemente, la política no es sólo ideología, sino una interacción muy compleja en la cual ideas o pensadores pueden jugar -con frecuencia- un papel muy trivial, magnificado después con su puesta *hindsight* para que un pasado muy desordenado o el mismo desorden del pasado se pueda recoger, armonizar y explicar.

Recientemente, Justo G. Beramendi ha descrito a Castelao como portavoz de un "nacionalismo populista (en el mejor sentido del término)" (3). Entender a Castelao en términos de "galleguismo populista democrático" representa un considerable avance sobre la postura sacralizadora más tradicional entre sus compañeros: Castelao sería según Eduardo Blanco-Amor un "guieiro", según Paz-Andrade "o adiantado" (4). Alfonso Bozzo y Ramón Máiz desde hace ya tiempo han situado a Castelao en unos términos muchos más realistas en cuanto a la tradición y al desarrollo del galleguismo, sobretodo marcando su relación y hasta dependencia conceptual en Risco (5). Sin embargo, el planteamiento más genérico de Beramendi da pie para establecer un primer contraste entre el nacionalismo gallego de izquierdas en el momento de la IIª República, tal como se personaliza en Rodríguez Castelao, y la izquierda catalana triunfante en esos mismos años. Puede que la manera más fácil de poner en perspectiva el proyecto "populista democrático" de Castelao sería compararlo con lo que fue el modelo ejemplar de una autonomía regional bajo la república: la Cataluña de Macià y Companys, bajo

(2) Xosé Lois García, *Castelao i Catalunya*, Lugo: Alvarellos, 1979; Xavier Estévez, "La Solidaridad 'Galeuzca'", *Muga* (San Sebastián), nº 14, marzo 1981, pp. 54-63 y del mismo autor, "Un pacto pre-Galeuzca no ano 1923", *Estudios de Historia Social* (Madrid), nº 28-29, 1984, 439-446, y "Apuntes para una historia de las relaciones políticas entre Galicia, Euzkadi y Catalunya (1900-1950)", *Letras de Deusto*, vol. 27, 1983, pp. 5-28; [Iñaki Anasagasti?], *Crónicas: Castelao y los vascos*, Bilbao: Idatz Ekintza, 1985, esp. pp. 11-100. Más crítico M. Otaegui Arizmendi, "La Triple Alianza de 1923" en J. Maluquer de Motes, B. de Riquer *et alii*, *Industrialización y nacionalismo*, Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona, 1985, pp. 431-441. También R. Mª de Madariaga, "Le nationalisme basque et le nationalisme catalan face au problème colonial au Maroc", *Pluriel* (París), nº 13, 1978, pp. 31-54.

(3) J.G. Beramendi, "La evolución ideológica de Castelao (del maurismo al galleguismo populista democrático)", *Castelao 1886-1950* (catálogo), Madrid: Ministerio de Cultura, 1986, pp. 207-211.

(4) E. Blanco-Amor, *Castelao obras* (catálogo), Barcelona: Galerías Sargadelos, 1973. V. Paz-Andrade, *Castelao na luz e na sombra*, La Coruña: Edición do Castro, 1982, p. 16. También, por ejemplo, A. Míguez, *El pensamiento político de Castelao*, París: Ruedo Ibérico, 1965.

(5) A. Alfonso Bozzo, *Intelectuais e galegismo*, Madrid: Akal, 1977, y del mismo autor, "Entorn del pensament del galleguismo: els orígens, Risco i Castelao", *Recerques*, nº 8, Barcelona: Curial, 1978, pp. 133-158; R. Máiz, "Aproximación a la trayectoria político-ideológica del nacionalismo gallego", *Revista Internacional de Sociología* (Madrid), nº 44, octubre-diciembre, 1982, esp. pp. 526-537, y del mismo autor, "El nacionalismo gallego: apuntes para la historia de una hegemonía imposible" en F. Hernández y F. Mercadé, *Estructuras sociales y cuestión nacional de España*, Barcelona: Ariel, 1984, esp. pp. 215-227.

la hegemonía de Esquerra Republicana de Catalunya como virtual partido gubernamental de la Generalitat. Sin duda, hay donde comparar: el carisma de Macià, por ejemplo. Según Otero Pedrayo, Castelao fue un éxito de masas único en Galicia, pero si bien sabía tratar con un público popular ("todo o mundo o votaba pola extraordinaria simpatía"), y también podía arreglar algún asuntillo de sus electores en los ministerios de Madrid, al actuar como político fue tan sólo "un cisne" en un gallinero, es decir, un personaje aislado que no estuvo en condiciones de convertir a su "simpatía" en algo más sólido (6).

En este trabajo yo argumentaré que Castelao tiene -o mejor, representa- un *proyecto* que se puede considerar como populista para la reforma de la sociedad gallega. Pero es en gran medida un proyecto individual (por mucho que pueda tener apoyo, público, exégetas, este respaldo no es lo importante). Este proyecto populista surge como postura intelectual delante de la sociedad que sueña con cambiar. Se pueden formar grupos de presión, núcleos activistas de propaganda, pero no deja de ser una idea que se pretende *imponer* a la sociedad gallega, y es así perfectamente comparable a un proyecto socialista, o comunista, o, si se quiere, a uno fascista. Pero, a mi entender, esto dista mucho de la situación catalana, con su mezcla inestable de nacionalistas y republicanos que ambicionan tomar cargo del movimiento obrero catalán y a la vez contrapesar el obrerismo con su control de un extenso movimiento campesino aparcerero. Lo que yo he llamado el populismo catalán es simplemente un producto momentáneo de la misma sociedad catalana y sus contradicciones, una confluencia favorable de factores acumulativos, desde el impacto económico de la Primera Guerra Mundial, el éxito relativo de la "cultura cívica" del regionalismo político, la extensión de la sindicalización para formar la base de un verdadero movimiento obrero, el "efecto incubador" de la Dictadura de Primo de Rivera, y un largo etc. que ahora comentaremos (7). El populismo catalán surge de la sociedad, y se le da forma después, sobre la marcha: este carácter *ex post facto* será su gran fuerza. También será su gran debilidad, en tanto que la sociedad catalana se mueve o evoluciona rápidamente en esos años y genera nuevas contradicciones para las que el populismo no tendrá respuesta fácil. Así pues -aunque puedan estar relacionados por el momento histórico común y por el hecho que Castelao podía observar la política catalana- el populismo catalán y el de Castelao no son realmente comparables.

(6) R. Otero Pedrayo, *A miña amizade con Castelao*, La Coruña: Edición do Castro, 1986, pp. 39-47. la comparación con la política catalana es obligada, por ejemplo, en Risco, "Porqué Galiza non tén un Cambó?" (1921) para decidir que no hacía falta: ver *Prosas de Risco en 'La Zarpa' (1921-1923)*, Orense: Instituto de Estudios Orensanos "Padre Feijoo", 1982, p. 35.

(7) E. Ucelay Da Cal, *La Catalunya populista*. Imatge, cultura i política en l'etapa republicana (1931-1939), Barcelona: La Magrana, 1982. Cercano al espíritu del planteamiento de esta obra, que define el populismo como fruto de un contexto, estarían P. Wiles, "Populismo - A syndrome, not a doctrine", en G. Ionescu & E. Gellner, *Populism*, Nueva York: Macmillan, 1969, pp. 166-179, y M. Canovan, *Populism*, Londres: Junction, 1981, aunque yo discreparía de su eclecticismo entusiasta.

El populista Castelao y el populismo catalán

Es innegable que Castelao profesó una considerable admiración por los logros del catalanismo, incluso antes de 1931. Durante los debates sobre el Estatuto de Cataluña en las Cortes, intervino el 15 de marzo de 1932 para asegurar que:

Nosotros hemos admirado siempre a los políticos catalanes, que supieron defender en todo tiempo los intereses sagrados de su país; pero hemos admirado todavía más la fortaleza del pueblo catalán y su voluntad de ser diferente para ser existente. Por otra parte, no se puede negar la personalidad de Cataluña y el derecho que tiene a su autodeterminación política.

Más adelante en el mismo discurso, objetando a las cláusulas económicas del proyecto autonómico catalán, Castelao repite sus elogios de nuevo, aludiendo al:

(...) trato preferente que sus políticos supieron conquistar, con un amor a su tierra que nosotros admitimos y aplaudimos sin reservas, y aún diré más: que envidiamos, por no haber tenido nunca en nuestra Galicia políticos semejantes (8).

Años más tarde, seguiría recordando el éxito de la izquierda catalana:

Todo nos hace suponer que sin las inteligentes previsiones de aquel grupo de hombres que presidía Maciá esta Segunda República incurriría en los mismos errores que mataron a la primera.

Por el esfuerzo de Cataluña se hicieron posibles las aspiraciones de nuestra Tierra (9).

Pero estas citas, situadas en su contexto, muestran una actitud más compleja que la que se percibe a primera vista: admiración y envidia, pero también resentimiento por intereses discrepantes y por lo de despreciativo que hay en el tratamiento que ofrecen los catalanes. Las actitudes de Castelao hacia la política catalana (o mejor, hacia "Cataluña" como conjunto, que es como la percibe él) son de simultáneo voluntarismo sofisticado e incompreensión: él ve Cataluña sólo como un hecho político, no muestra gran interés o conexión con el mundo cultural catalán, y Barcelona en todo caso es un escenario lejano que él visita en contadas ocasiones en espera de un comportamiento que nunca encuentra. En el esquema político de Castelao, los catalanes habían de cumplir un papel, el de ser un apoyo: pero ¿si Cataluña es la más fuerte y mejor organizada de las "Naciones oprimidas" de España, cómo es que no se ayuda más que a sí misma, cuando Galicia, víctima y débil, necesita una atención especial? Castelao mira al contexto catalán con una frustración por no poder reproducir los éxitos catalanes, y con un cierto victimismo.

(8) X.L. García (comp.), Castelao, Otero Pedrayo, Suárez Picallo, Villar Ponte, *Discursos parlamentarios (1931-1933)*, La Coruña: Edicións do Castro, 1978, pp. 37, 39.

(9) A.R. Castelao, *Sempre en Galiza* (versión en castellano), obra completa: 2, Madrid: Akal, 1977, p. 78. En adelante: SEG.

Según el argumento que presenta en la primera parte de *Sempre en Galiza*, los catalanes, vascos y gallegos eran una misma realidad política: entidades históricas sometidas al centralismo estatal español, fuente del verdadero separatismo "españolero". Ante esta presión sólo cabían tres posibilidades -simultáneas- que podían dar la autonomía a Galicia, autonomía a su entender, solución única de los muchos males de la sociedad gallega, derivados de su aplastamiento bajo un peso administrativo ajeno que fomentaba el caciquismo local. Estas tres posibilidades eran en un sentido u otro reflejo de la dinámica catalana. La primera posibilidad era el despertar político gallego para aprovechar, presionando, oportunidades históricas como el advenimiento de la IIª República. La amargura de Castelao es patente al ver que esta movilización no se produce, y que los dirigentes gallegos no son capaces ni de hacer el gesto para sacar provecho a las circunstancias: nadie, según Castelao, supo beneficiarse del ejemplo catalán el 14 de abril, proclamando una República Gallega para luego negociar con garantías la República federal española, ni tampoco supo Casares Quiroga "reclamar el restablecimiento de nuestra 'Junta Superior' en el momento en que se restauraba por decreto la 'Generalitat de Catalunya'", tras el acuerdo de Macià con los representantes del gobierno central provisional el día 17. La segunda posibilidad que plantea Castelao es la solidaridad de las tres nacionalidades históricas para garantizar una organización federal al nuevo estado republicano: "Cataluña, Euzkadí y Galicia tienen la misión de transformar la estructura jurídica de España". La solución de una única autonomía catalana es para él una profunda equivocación, difícil de entender, ya que reconoce que los catalanes defendieron sus intereses con inteligencia, abriendo así camino para los demás, pero entre líneas queda la melancólica sensación que podían haber estado algo más solidarios, más dispuestos hacia sus hermanos en desventura. Finalmente, Castelao argumenta que la "generosidad" de los republicanos españolistas podía no sólo haber sido mayor, incluyendo a Galicia y Euzkadí, sino que llega a insinuar una *Realpolitik* ingenua (que a la vez muestra su resentimiento oculto con los catalanes): "¿Ignoraban" estos republicanos españoles "que para evitar cualquier movimiento de la secesión -temor que aún mantienen- no era de razón y cordura otorgar un Estatuto autonómico a la región más viva y poderosa de España, sin contrapesarlo con otros Estatutos, que aseguraban un equilibrio permanente del Estado?" (10).

La desazón de Castelao ante los hechos de 1931 y sus explicaciones son una muestra indicativa de su profundo idealismo y su poco saber político, al menos en cuanto a los que tenían que ser sus aliados para llegar a su objetivo. Que "las demandas recias del nacionalismo vasco traspasaron más de una vez los tímpanos de la Capital de España" es seguro, pero mucho más dudoso que Euzkadí "tenía valedores precavidos en el Gobierno provisional de la República" (¿Indalecio Prieto?!). Y poco les sirvió a los nacionalistas vascos la temprana proclamación de la república en Eibar por los socialistas, o su propio interés en proclamar la República Vasca, que Castelao evidentemente desconoce. Igualmente, la posibilidad de que, en la práctica, por debajo de las declaraciones altisonantes, los dirigentes

(10) *Ibid.*, pp. 73, 74, 75, 76, 77, 89.

de la minoría catalana ya encontrasen adecuado "el grave error de conceder la autonomía solamente a Cataluña", dado que lo contrario podría dar una menor fuerza y menos realce a las reclamaciones catalanes, parece que nunca se le pasase por la cabeza (11). Más bien ingenuamente, Castelao parece querer que puntos de presión más fuertes que Galicia le resuelvan su problema político, generando una autonomía federal desde arriba en vez de tener que gestarla los galleguistas desde abajo; las condiciones constitucionales para organizar un plebiscito eran "una injusticia y una desigualdad manifiestas" por la distribución rural de la población y las dificultades de transporte en Galicia, como por el "constante movimiento migratorio". Así, para Castelao existe una equivalencia moral pero una distancia práctica entre Galicia y la situación catalana:

Los precedentes de Cataluña -semejantes a los de la propia República- no podían servir de base para dictar preceptos generales, porque las demás regiones no estaban en el mismo caso. Cataluña ya era autónoma y disponía de un poder legítimo -formado paralelamente al Poder de la República- cuando confeccionó y plebiscitó su Estatuto.

La Constitución tiene apariencias de generosidad; pero no es generosa. Y sus intérpretes y cumplidores no hicieron más que acumular obstáculos, especialmente contra Galicia.

Esto, porque Castelao no es tonto, tiene una razón de fondo:

La generosidad constitucional no fue espontánea. Se le debe a Cataluña, o mejor dicho, a Barcelona. Cataluña representa -por su industria progresiva, su potencialidad económica y su nivel de vida social- tanto como el resto de España y, además, tiene una ciudad populosa, mayor que Madrid, portavoz atronador de las aspiraciones catalanas. Y Cataluña ya era autónoma de hecho y de derecho cuando se discutía su Estatuto (12).

Aparte de su habitual exageración literaria (la Generalitat era un gobierno *de facto* y no *de iure* hasta la firma del Estatuto votado por las Cortes en septiembre de 1932), Castelao constata la diferencia entre Cataluña y el resto de España en los años treinta pero no parece entenderla.

La expansión política del regionalismo catalán teorizó su postura ante España como una dicotomía de estrategias: o "Catalunya enfora", o sea, ser piamonteses, rehacer el Estado español, hacer regeneracionismo como equivalencia a regionalismo, "fer l'Espanya Gran"; o, por el contrario "Catalunya endins", despreocuparse de España, que probablemente no tiene remedio, y dedicarse al desarrollo en casa gracias a la electrificación, logrando la Mancomunidad de servicios provinciales como coordinadora y como paso hacia el *Home-rule*, e impulsando la urbanización racional de la capital catalana como vehículo expansivo local para

(11) Tarradellas, por ejemplo, en 1931 hombre clave del aparato de la Esquerra, tenía muy clara su oposición a una regionalización española como algo que rebajaba la excepcionalidad del "hecho diferencial" catalán: Entrevista, St. Martin-le-Beau (Francia), 26 julio 1975. Sí es verdad, sin embargo, que Castelao comentó con amargura la actitud de Marcelino Domingo cuando éste planteó parar el proceso autonómico con Cataluña y el País Vasco, X.L. García (comp.), *Discursos parlamentarios*, op. cit., p. 43.

(12) A.R. Castelao, *SEG*, op. cit., pp. 75, 76, 74, 79, 75.

dar el paso de producción ligera a pesada. Esta actitud ambivalente marca la política catalana a lo largo del resto del siglo XX, hasta hoy, lo que produce múltiples contradicciones tanto en la teoría como en la práctica. Los catalanistas (como los demás nacionalistas y/o regionalistas en España) tienen una tendencia a decir unas cosas en casa y otras en la capital del Estado: esta fue la brillante crítica de Alcalá-Zamora a Cambó, cuando acusó en 1918 al político catalán de ser Bismarck en Madrid y Bolívar en Barcelona. Pero los catalanistas también están marcados por otra tendencia, igual de generalizada, que consiste en decir bellas florituras sobre la unidad de propósito y la libertad cuando se reúnen con otros nacionalistas o regionalistas diferentes (entre otras cosas, así se tiene de que hablar, lo cual si no sería un problema); al volver a casa, sin embargo, todo se suele olvidar (13). Esta incomunicación se puede producir de muchas maneras, hasta negativamente, por el gesto demostrativo, como cuando el joven Leizaola, que visitando Barcelona en los actos que rodearon la Triple Alianza de nacionalistas vascos, gallegos y catalanes en septiembre de 1923, hizo todas sus intervenciones públicas en euskera. Todo el mundo se impresionó, hubo muchos aplausos, pero evidentemente nadie fuera de la delegación vasca se enteró de nada (14). Cuando se intenta intervenir desde fuera -digamos desde Barcelona hacia Galicia, como la compra del diario *Noroeste* por Cambó en la euforia de "Per l'Espanya Gran", o en la proyección neo-Camboniana de Miquel Roca en los años ochenta- los resultados suelen ser pobres, ya que la desorientación y el desconocimiento se combinan con unos objetivos de la intervención que no concuerdan cómodamente con los intereses de los intervenidos.

Esta discordia de fondo, cubierta con una concordia retórica, se percibe muy fácilmente. Por ejemplo, en 1921-1922 hay una clara ofensiva puntual de algunos elementos del Sinn Féin irlandés para hacer labor propagandística entre los nacionalistas periféricos en el estado español. Los contactos los llevarán los nacionalistas vascos "aberrianos" que encuentran en la peculiar combinación de fervor independentista y católico de los irlandeses un reflejo claro de sus propias aspiraciones, hasta de sus propias contradicciones (racismo-catolicidad, arcaísmo-modernidad anglófila), y el contacto no sólo dejará rastro organizativo en el PNV sino que también permitirá que los "Jelkides" inicien su considerable tradición de aparato de inteligencia y conspiración (15). Los ultra-catalanistas, que ya se habían electrizado con el alzamiento de Pascua en Dublín en 1916, y las extensas movilizaciones producidas por la muerte en huelga de hambre del alcalde de Cork a finales de 1921, vieron en los nacionalistas irlandeses un modelo teórico a seguir,

(13) Anna Sallés & E. Ucelay Da Cal, "L'analogia falsa: el nacionalisme basc davant de la República Catalana i la Generalitat provisional, abril-juliol del 1931", pp. 443-470, y de los mismos autores, "La correspondència Aguirre-Cambó, 1931-1936: unes reflexions", pp. 471-500, ambos en J. Malquer de Motes, B. de Riquer et alii, *op. cit.*

(14) *El Diluvio* (Barcelona), 12 septiembre 1923, pp. 13-14. Eguillor dió parte de su discurso en vasco, y el gallego Soboza lo hizo en "la dulce, poética lengua galaica".

(15) A. Elorza, "'Emakume': la mujer en el nacionalismo vasco", *Tiempo de Historia*, IV, nº 38, enero 1978, pp. 4-17.

pero sin mucho contacto. Estat Català, fundado como organización político-militar en julio de 1922 por Francesc Macià, secundado por Daniel Cardona, era un intento explícito de copiar su esquema de lucha, que aspiraba a proclamar un gobierno y defenderlo por las armas (16). Los galleguistas de *Nós*, en cambio, vieron en la propaganda irlandesa bellas nieblas de hermandad céltica: "Carne, sangre, osos celtas!/ Irlanda! Irlanda! irmán!", canta, por ejemplo, Ramón Cabanillas (17).

Las diferencias de fondo hacían igualmente que los "acuerdos" que se plantean son vagos, más el reflejo de una meta ideal que no planes serios, más una afirmación ideológica que un bosquejo de trabajo práctico. Cómo dar credibilidad a las exaltaciones belicosas de *La Publicitat* a lo largo del verano de 1923 sobre una "Triple Alianza" cuando todo es fantasía e improvisación en las reuniones de la "Societat d'Estudis Militars" que Acció Catalana tiene para articular la lucha armada? (18). Además, los pactos "inter-nacionales" se deben más a dinámicas locales substanciosas que a grandes coordinaciones entre movimientos nacionalistas: a lo largo de 1924 en París, por ejemplo, son los vascos que con el Sinn Féin (ya en plena guerra civil irlandesa contra el Estado libre) hablan con Macià en una "Liga de Naciones Oprimidas", pero el dirigente catalanista, que a pesar de todo era un político bastante práctico, lo que persigue es profundizar sus contactos con los republicanos, con Marcelino Domingo, y con Peiró y la CNT, que darán pie a la "Libre Alianza" de enero de 1925. Allí están presentes los vascos, pero los importantes son los cenetistas y los grupos anarquistas, y luego los comunistas, con la posibilidad de tocar un poco del "oro de Moscú". Del mismo modo, unos años después en 1933, cuando se montan los festejos del "Galeusca", los catalanes que participan son nacionalistas radicales en el *fringe* de la Esquerra Republicana como Rossell i Vilar, o más al margen aún como Batista i Roca o el geógrafo Pau Vila, figuras nada representativas del poder autonómico catalán, que ya recibe traspasos de orden público desde enero del mismo año. Aún conspirando bajo la Dictadura, en el exilio, se puede jugar a hacer carambolas, pero ¿qué sentido tiene un pacto de parlamento que -en el caso muy improbable que los nacionalistas copasen *todos* los escaños del parlamento republicano en Cataluña, Galicia y Euzkadi (incluyendo Navarra) sumarían 124 diputados, o sea una cuarta parte (25,6%) de la cámara?

Castelao parece que nunca entendió esta contradicción entre discurso y contenido, igual que parece que nunca entendió que el populismo catalán surgido

(16) E. Ucelay Da Cal, *El nacionalisme català i la resistència a la Dictadura de Primo de Rivera*, tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, 1983, y del mismo autor, "Daniel Cardona i Civit i l'opció armada del nacionalisme radical català (1890-1943)" en D. Cardona, *La batalla*, Barcelona: La Magrana, 1984, pp. xiv y ss.

(17) *Nós*, II, nº 8, 5 diciembre 1921, número monográfico sobre Irlanda (el poema, p. 7).

(18) Rossell i Vilar había de buscar caballos para organizar la caballería del ejército catalán, algún joven había de prepararse para la aviación, y hasta se insinuó que Carles Pi i Sunyer, supuesto secretario de defensa de una futura Cataluña, investigase la cuestión de un submarino: Entrevista con Miguel Ferrer, Barcelona, 25 febrero 1978 y siguientes. También M. Ferrer, "S.E.M., Societat d'Estudis Militars (1923-1926)", *L'Avenc*, nº 10, noviembre 1978, pp. 53-57.

después de 1931 no era una fuerza exclusivamente nacionalista. Los principales dirigentes de la Esquerra en términos generales sí que comprendieron la relación a la inversa (haciéndose aquí una diferenciación entre los ultra-catalanistas más ilusos y los políticos profesionales). No he visto jamás documentación que indicase más que una presencia casi fantasmal de los gallegos en la práctica concreta de la izquierda catalana, si no es en ambientes cercanos al lerrouxismo o a Angel Samblancat. Cualquier participación galleguista en las negociaciones parisinas de 1924-1925 fue simbólica y testimonial, y de lo de antes de la Dictadura ya nadie se acordaba: Macià por lo tanto no tenía deudas que saldar en 1931. Cuando las elecciones a Cortes Constituyentes en junio de 1931, Castelao envía un telegrama al nuevo presidente catalán:

Barna-Pontevedra.

Acabo ser proclamado diputado con amargura ver robada acta camarada Paz Andrade punto Libertad Cataluña y Galicia nos unira en la lucha proxima punto Cuento con un diputado mas a su lado y la fervorosa admiración de: Castelao

La respuesta de Macià fue protocolaria y escueta, un "agradecimiento" a quien "conoce cordialmente" (19). Como igual de protocolaria fue la visita de Castelao con Otero Pedrayo a Barcelona en julio de 1932: discursos, actos, adhesiones, nada serio (20). Igual sería la visita de los delegados catalanes al norte el año siguiente, con el montaje de Galeusca, que solo alarmaba a los gobernadores civiles, lo que, a fin de cuentas, era lo suyo (21). Este sentido de distancia (combinado con las concesiones retóricas que tienen los catalanes con la desconocidísima problemática gallega) se extiende, bien entendido, hasta los mismos ultra-catalanistas: *Nosaltres Sols!* presentó en marzo de 1934 un documento del "Comité Revolucionario Arreoista [sic] Galego" de La Habana con menos interés que ponían en informes sobre Indochina (22). Cuando se vota el Estatuto gallego en junio de 1936, el órgano de la ya maltrecha ala nacionalista de la Esquerra lo recibía como una victoria paternalista: "De Catalunya partí un vent que fa voleiar les banderes de les pàtries irredents" (23).

(19) Hasta hace poco en el fondo del Archivo de la Diputación Provincial de Barcelona, Legajo 3522, ahora traspasado al Arxiu Nacional de Catalunya.

(20) Xosé Luis García, *Castelao i Catalunya*, op. cit., pp. 19-23.

(21) Se puede constatar el tono más o menos festivo de las descripciones de los participantes nacionalistas periféricos, en tono retórico, como Alvaro das Casas, *Diario dunha viaxe de nazonalistas. Galeuzca* (24 julio-12 agosto 1933), Santiago: Edizóns "Alento", 1934, o M. de Irujo, "Galeuzca. Política nacionalista vasca peninsular", *El Libro de Oro de la Patria*, San Sebastián: Editorial Gura, (1934), s.p., o el informe manuscrito de P.M. Rossell i Vilar (archivo familia Rossell), con los nerviosos telegramas y telefonemas de los gobernadores civiles de Barcelona y Bilbao de mayo a agosto de 1933: Archivo Histórico Nacional (Madrid), Gobernación, Serie A, Legajo 52A, Carpeta nº 20, Regionalismo 1933.

(22) "De Galicia", *Nosaltres sols!*, IV, nº 156, 21 marzo 1934, p. 2.

(23) "Galicia per als Gallecs", *Pamflet*, nº 25, 4 julio 1936, p. 8.

El grafista Helios Gómez resume esta actitud; él era una perfecta expresión del *milieu* de izquierdas barcelonés: de familia anarquista, exiliado en la URSS, se hizo comunista, conspiró con Macià en Bélgica, volvió a la CNT, pero fue dibujante para periódicos de la Esquerra como *L'Opinió*, así como responsable de las portadas de innumerables libros revolucionarios. Según el anarquista Joan Ferrer, "Mirando dibujos de Castelao, solía decir: 'Es un burgués que para pasárselo bien se las da de anarquista. Aunque no dibuje mal'" (24). El juicio lapidario es igualmente un reflejo de la suficiencia ante el hecho de que el único populismo verdadero, hasta el único posible, fue el catalán.

La ideología de una práctica catalana

Castelao tenía una apreciación muy concreta del populismo catalán. En *Sempre en Galiza* lo describe así:

La primera doctrina del catalanismo es preciso buscarla en las "Bases de Manresa", aprobadas el año 1892; pero estos principios fueron difundidos por un partido político que en seguida convirtió el puro sentimiento de los catalanes en uno de los primeros problemas de España. El regionalismo catalán -que a partir de 1904 ya es nacionalismo- fue impulsado por fuerzas políticas organizadas en Barcelona, y la Mancomunidad, en manos de Prat de la Riba, realizó el milagro de la unidad catalana. El "Programa del Tívoli", la Mancomunidad, la Asamblea de Parlamentarios y el Estatuto de 1919 revelan cuatro tácticas diferentes, ideadas por la 'élite' catalanista en el ambiente de confianza popular que ellas habían ganado y en el clima cultural de la gran ciudad de Barcelona. No es, pues, tan vieja la unánime voluntad política de Cataluña; pero nadie puede negar la personalidad sentimental y profunda de la nación catalana. Y en esta afirmación -anterior al "hecho de voluntad" y superior a las contingencias de la política- Galicia es un pueblo igual a Cataluña, en el signo de sus ideales.

Sin embargo, no le gusta: Euskadi es, para él, "más simple y más fuerte", porque "se funda principalmente en las características de la raza y, por lo tanto, en la acción. No hay duda que el País Vasco es también un 'hecho de voluntad' pero más permanente que el de Cataluña, porque se siente invulnerable a las contingencias políticas de España" (25).

El sentido del populismo de la Esquerra derivaba de una pretendida identificación con "el pueblo catalán" como conjunto, más que no con clases, grupos o hasta partidos (de aquí el rechazo de "la facción", de toda fracción minoritaria que pudiese querer imponerse a "la voluntad del pueblo"). Aparte de su evidente dependencia en la tradición democrática que provenía del nacimiento mismo del liberalismo (la nación es el pueblo expresando su voluntad a través de sus representantes elegidos), en Cataluña el populismo tenía además un lógico componente nacionalista, que no era sólo institucional: por medio de la democracia, el pueblo catalán se realizará como nación histórica, o en las viejas palabras de Antoni Ro-

(24) B. Porcel-J. Ferrer, *La revuelta permanente*, Barcelona: Planeta, 1978, p. 236.

(25) A.R. Castelao, *SEG*, *op. cit.*, pp. 196-197.

vira i Virgili, se conseguiría "la nacionalización de Cataluña" (26). El resultado era una visión teleológica del desarrollo histórico de Cataluña por partida doble: si la Historia de cualquier pueblo (así, en abstracto) es luchar contra la tiranía (literalmente, usurpación) hasta alcanzar el uso de su propia voz colectiva en las urnas, entonces la Historia, en tanto que representación, se acaba, termina siendo la victoria de la representación institucionalizada, pues ya no puede existir nada fuera del potencial de participación y transacción parlamentaria; más en concreto, si la Historia del pueblo catalán era luchar por su personalidad institucional perdida desde 1714, entonces la autonomía lograda en 1931 era la culminación de la "Renaixença", de todo el largo proceso de "despertar nacional" iniciado con los poetas románticos del siglo XIX. Así Macià (para gran indignación de los nacionalistas más radicales) podía anunciar en 1931 que él era "separatista del Borbó", pero no de la república que concedía la autonomía y la representatividad institucional al pueblo de Cataluña (27). La rebelión contra el tirano monárquico y dictatorial era justa; una vez que el pueblo podía hablar -a través de las urnas-, ya no hacía falta el plebiscito insurreccional por las armas. Pero cuando el lógico devenir del tiempo obliga todo conjunto político a trascender la confianza momentánea ufana de ser el final de la Historia, el futuro se puede insinuar en términos del ciclo vital natural, ya bien fundamentado para el nacionalismo catalán por Prat de la Riba en su obra *La nacionalitat catalana* (1905); este sentido cíclico fue sucintamente expresado por el famoso grito de "Tornarem a sofrir, tornarem a lluitar, tornarem a vendre!" de Companys en su papel autoadjudicado de "President mártir" después de 1934, igual que Macià, en su rol de "l'Avi", el abuelo de las masas populares catalanas, podía encarnar el contexto representativo institucional-nacional de 1931. Las personalidades políticas resultaban ser en cierta medida actores simbólicos -símbolos que todo el mundo entendía- ante un trasfondo ideológico más o menos colectivamente asumido después de los años veinte. La escenificación resultante era un pegadizo denominador-común-más-bajo para la identificación ideológica en la sociedad catalana, que relegaba aquellos entre el público que no lo compartiesen a ser "forasters" o "desarrelats", en resumen, a quedarse como no participantes en la celebración de autoafirmación comunitaria.

El populismo de la Esquerra partía por lo tanto de unas señales de identidad, que aunque fijas y antiguas (la lengua, la tierra, las costumbres, hasta la cocina) eran a la vez dinámicas y abiertas, en la medida que quien quisiese las podía compartir con un poco de voluntarismo, ganas o "bona voluntat". El resultado fue (y es todavía) un paradigma ideológico y social extraordinariamente poderoso, en tanto que no es explícitamente político, es más, por el contrario es lo bastante disperso cómo para ser con frecuencia invisible, ya que con facilidad se mezcla con actividades altamente simbólicas pero de apariencia ideológica inócua (y que además datan del mismo momento, como la definitiva difusión de la sardana, el

(26) A. Rovira i Virgili, *La nacionalització de Catalunya*, Barcelona Societat Catalana d'Edicions, 1914.

(27) E. Ucelay da Cal, "La crisi dels nacionalistes radicals catalans (1931-1932)", *Recerques*, nº 8, Barcelona: Curial, 1978, pp. 159-206.

culto de masas al club futbolístico "Barça", o la "diada de Sant Jordi" convertida en fiesta del libro catalán en 1928). En buena medida una "tradicción inventada", según la terminología de Hobsbawm (28), la fuerza del populismo catalán derivó precisamente de ser una invención colectiva y participativa donde todos podían crear y recrearse en lo que parecía ser un reencuentro con unas raíces no sólo recuperadas sino actualizadas, o sea, una "normalizació".

Este sentido abiertamente sintético, que mezclaba pasado con presente y futuro era lo que hacía el populismo catalán diferente tanto del nacionalismo vasco como del galleguismo, al menos hasta la marxistización de la alta cultura política en las postrimerías del franquismo. Dicho de otra manera, la vía nacional alemana en busca del *Volksgemeinschaft* es mucho menos importante en la formación ideológica del populismo catalán de los años treinta que lo es en el vasquismo o galleguismo contemporáneos, y la vía francesa institucionalista, como se acaba de indicar, lo es mucho más, con el añadido modernizante de notas socialistas explícitas. Así, el populismo catalán, representado por la Esquerra Republicana de 1931 hasta el 1939, incluía buena parte del catalanismo, pero *no era un fenómeno exclusivamente nacionalista*, ya que igual incorporaba buena parte de la tradición republicana, abarcando temáticas -como el anticlericalismo- nada catalanistas (Companys, por ejemplo, fue lerrouxista y reformista melquiadista, pero nunca catalanista, o al menos no lo fue hasta su relación en 1934 con una militante nacionalista, que luego sería su segunda mujer). A la vez, la Esquerra también quería ser una fuerza socializante, social-demócrata si no llega a socialista; los ejemplos son múltiples: Estat Català se convirtió en partido social-demócrata para entrar en la creación de la Esquerra en marzo de 1931, mientras que la Unió Socialista de Catalunya por muy poco no ingresó el mismo acto fundamental, y se quedaría como aliado fiel hasta 1936, cuando -junto, entre otros, con los nacionalistas marxistizantes (restos de Estat Català convertido en Estat Català Partit Proletari en 1932, luego en Partit Català Proletari en 1934)- crearía el PSUC como partido staliniano de tipo nuevo, "adherido" a la IIIa Internacional. De hecho, la misma Esquerra por muy poco no se proclamó partido socialista en el momento de su nacimiento, marcando una predisposición que quedaría en pie bien visiblemente, por ejemplo, en la configuración del Front d'Esquerres para las elecciones legislativas de febrero de 1936.

Ahora bien, políticamente, el populismo de la Esquerra se concretaba después de la "revolución republicana" de abril de 1931 en un proyecto que ofrecía el cambio social *interclasista*; así se diferenciaba de manera visible del obrerismo, que prometía un cambio social *clasista*. Esta distinción, tan clara en la ideología, sin embargo en la práctica catalana era más aparente que substancial, debido tanto a las contradicciones reales de la sociedad catalana como a las limitaciones palpables de los obreristas como analistas teóricos. El proyecto populista de Macià y Companys en su interclasicismo podía aceptar con tranquilidad (es más, deseaba) el corporativismo sindicalista de obreros o aparceros como método para inte-

(28) E. Hobsbawm & T. Ranger (comps.), *The Invention of Tradition*, Cambridge (UK): Cambridge University Press, 1983.

gararlos en el "civisme" institucional y representativo. El cambio social se identificaba con la sociedad de bienestar (es decir, la "justicia social"), y si bien ésta se equiparaba a su vez con la revolución (entendida más en términos morales que no económicos, tanto por obreristas como por populistas), siempre se pensaba en como suavizar el encuentro entre los corporativismos obreros o campesinos y los corporativismos burgueses. Se entendía que los proletarios no podían exigir todos los servicios o ayudas sociales de golpe, ni podían obligar a los patrones a pagarlos todo, pero también era evidente que los propietarios tendrían que asumir los sacrificios y costes de consolidar una "cultura cívica" estable y presumiblemente duradera. Para los de la Esquerra, comenzando por los más extremistas, la solución "socialista" a largo término sería un *étatisme* entre ilustrado y generoso (un *étatisme* a la catalana, claro está, casi sin posibilidades ante la realidad de la administración central, pero que, pasado un tiempo, vendría a concretarse en el diseño económico "colectivista" de la Generalitat en 1936-1937).

Como se ha dicho antes, el populismo catalán no era una actitud particularmente intelectual: no tendría una articulación teórica más allá de la escenografía de discursos que se repetían incesantemente en "mítines de afirmación nacionalista republicana" a lo largo de los años de la Generalitat republicana. Era una actitud, una refundición de identidades, tan genérica que no encuentra ni siquiera "intelectuales orgánicos" sino que estaban "en el ambiente"; ni Carles Pi i Sunyer ni Rovira i Virgili la expresaban con comodidad, y tendríamos que recurrir a una obra más o menos aislada como *Catalunya i la revolució* (1931) del Dr. Jaume Aiguader para ver un esquema conceptual algo desarrollado (29). Esto, en cierta medida, distancia el fenómeno de la Esquerra de los paralelos europeos más fáciles o de las genealogías intelectuales claras. Así, no acaba de servir la elegante taxonomía para los populismos hispánicos que ha sugerido no hace mucho Julio Caro Baroja, derivado de la experiencia de los *Narodniki* rusos, que él aplica críticamente a la evolución de vasquismos, desde las rancias posturas "Jelkides" al más difuso o ecléctico "abertzalismo" surgido del franquismo tardío; para Caro, el populismo, de hecho "toda actitud populista", en primer lugar "en su programa, quiere hallar la base en una identidad primitiva o en un pasado remoto", caracterizado éste "por unas notas homogéneas, acordes y positivas", aunque sea deformando la realidad histórica, "idealiza al 'pueblo' sin fijar demasiado bien sus caracteres, aunque da como fundamentales las ideas de 'raza', 'lengua' y 'clase social', unida a características anímicas", también "menosprecia a los elementos foráneos", "pretende ... actuar revolucionariamente" contra una tiranía, y finalmente "pretende crear un Estado nuevo frente a otro anterior, que es malo en conjunto" (30).

(29) Véase de R. Vinyes, "Carles Pi i Sunyer, dirigent republicà", *L'Avenç*, nº 48, abril 1982, pp. 54-63, y del mismo autor, el estudio introductorio a C. Pi i Sunyer, *L'Aptitud econòmica de Catalunya*, Barcelona: La Magrana, 1983. A. Sallés, "Antoni Rovira i Virgili: el fracàs d'una vocació hegemònica", *L'Avenç*, nº 36, marzo 1981, pp. 28-32.

(30) J. Caro Baroja, "Reflexiones sobre el 'populismo'", *El laberinto vasco*, San Sebastián: Txertoa, 1984, pp. 57-58.

Pero el populismo catalán de los años treinta (aunque sin duda exista una *Whig theory of History* a la catalana y un sólido complejo de superioridad ante los "españoles") es realmente un proceso mucho más cercano al contemporáneo populismo mejicano de Lázaro Cárdenas, o en general a los populismos latinoamericanos, con su preocupación hacia la consolidación de un gran partido entre laborista, liberal y oficialista, más la constante búsqueda de la vinculación, del control y -en compensación- del estímulo a los sindicatos obreros, situado todo en un esquema de capital y trabajo que esconde a una dicotomía mucho más sencilla de ricos y pobres, ofreciendo la promesa de la justicia social como objetivo legislable, y -el punto clave- como transfondoe el mito del progreso por medio de la industrialización (31).

En el catalanismo conservador del fin de siglo, claro está, hay el mismo rechazo a los costes de la "modernización" y la vida urbana del "estúpido siglo XIX" que se puede encontrar en los demás nacionalismos de talante neo-tradicionalista, sea en Sabino o en Murguía, o en Maurras y Daudet (32). Esto -diluído a través del regionalismo de la Lliga, que refleja un acuerdo entre los propietarios y los profesionales del primer momento, y los industriales descolgados del dinastismo gracias a iniciativas como el polaviejismo- (33) llega como un componente más a la síntesis nacionalista republicana y obrerista de 1931, pero ya muy atenuado y en contradicción con otros ingredientes mayores, siendo recogido sólo por los sectores más rígidos nacionalistas, cercanos a la búsqueda de un posible "fascismo catalán" (aunque también, más ocultamente, sea un constituyente romántico del ideario de los sectores nacionalistas marxistizados). Si la línea modernista catalana une a terratenientes, abogados y bohemios en el rechazo al humo de las fábricas y en la creación de un mercado cultural en idioma catalán, el regionalismo burgués maduro, por el contrario, teorizará la "Catalunya-ciutat", con intelectuales "noucentistes" profesionalizados como funcionarios de la administración local

(31) Véase G. Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires: Paidós, 1965; O. Ianni, *La formación del estado populista en América Latina*, México D.F.: Era, 1975; i G. Germani, T.S. di Tella, O. Ianni, *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*, México, D.F.: Era, 1973. Sobre México, pensando en un paralelo recientemente resaltado en un seminario dedicado a "Catalunya i Mèxic en la crisi del 1936" en la Universitat Autònoma de Barcelona, noviembre 1986, se puede consultar, entre otras obras, T. Medin, *Ideología y praxis política de Lázaro Cárdenas*, México, D.F.: Siglo XXI, 1972; A. Cordova, *La formación del poder político en México*, México D.F.: Era, 1972, y del mismo autor, *La política de masas del cardenismo*, México D.F.: Era, 1974; A. Anguiano, *El estado y la política obrera del cardenismo*, México D.F.: Era, 1975; O. Ianni, *El estado capitalista en la época de Cárdenas*, México, D.F.: Era, 1977.

(32) R. Máiz, *O rexionalismo galego: organización e ideoloxía (1886-1907)*, La Coruña: Edición do Castro, 1984; J. Corcuera Atienza, *Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco, 1876-1904*, Madrid: Siglo XXI, 1979; E. Weber, *Action Française*, Stanford (USA): Stanford University Press, 1962.

(33) B. de Riquer, *Lliga Regionalista: la burguesía catalana i el nacionalisme 1898-1904*, Barcelona: Ed. 62, 1977.

(34), y dirigentes políticos como Cambó o Ventosa, cada vez más volcados a la intervención como abogados en las "grandes finanzas", en los consejos de empresa, y en la presión en las "altas esferas" para lograr una adecuada planificación de los servicios del Estado. Este paso cualitativo -simplificado aquí en términos de corrientes culturales, de paso de modernismo catalán a "noucentisme"- significa una distancia profunda entre la evolución catalana y la de otras zonas de España. La herencia que el populismo catalán de los años treinta recibe de su componente nacionalista es pues mucho más urbana que rural, con ganas de superar los males del capitalismo desde la vida metropolitana ya que no hay lugar a pensar en evitarlos por el rechazo.

La economista y urbanista Jane Jacobs ha argumentado en varios escritos en los últimos años que la clave del desarrollo económico está en "*city-regions*", regiones-ciudad, surgidas lentamente alrededor de un núcleo urbano, produciendo una interacción en bienes y servicios a largo término con una zona colindante en expansión que, gracias a complejos de adaptaciones a nuevas demandas (incluyendo la generación de nuevas tecnologías), a la larga produce la transformación excepcional que, según ella, representa el crecimiento productivo. Para Jacobs, la condición normal de la economía humana es "*stagflation*", la combinación de estancamiento e inflación, debido en gran medida a que las ciudades son los únicos motores reales de la expansión, pero es producto también de la limitada medición de los hechos económicos, ya que ella argumenta que el concepto de "mercado nacional" es una desafortunada herencia del mercantilismo, pasada por Adam Smith a toda la economía política posterior (35). Jacobs ha teorizado igualmente la relación entre esta visión del papel de las ciudades y el "separatismo", o sea la tendencia de una zona urbana activa que mantiene un mercado nacional inactivo a soñar deshacerse de su pesada carga (y a veces hasta lograrlo) (36). Es notable como las ideas de Jacobs recuerdan los argumentos de un economista de la Esquerra como Pere Coromines. Aunque expresado con un lenguaje mucho más idealista, Coromines en 1931 argumentaba que:

Quan el pensament català dormia i semblava una llum extingida, Barcelona ha pres la paraula en la història i ha redreçat i en certa manera reconstituït, la nacionalitat catalana. ... No té totes les condicions de vida una nació si el seu pensament no encarna en una Metròpoli. Perquè la història no l'han feta mai els camps, ni els pagesos són alta cosa que el pòsit humà innominat i fins a un cert punt indiferenciat d'on poen les ciutats la força que només en la congestió urbana es transforma en llum de l'esperit.

Cal, doncs, que Barcelona resti fidel a la idea que ella ha restaurat, ... I cal que aquesta idea no en faci un principi exclusiu, hostil i esquerp, sinó una norma de vida, apta per presidir en la Renaixença mediterrània a l'esclat d'una nova cultura. ...

(34) J. Casassas, "La configuració del sector 'interlectual-professional' a la Catalunya de la Restauració (a propòsit de Jaume Bofill i Mates)", *Recerques*, nº 8, Barcelona: Curial, 1978, pp. 103-131.

(35) J. Jacobs, *Cities and the Wealth of Nations*, Nueva York: Vintage, 1985.

(36) J. Jacobs, *The Question of Separatism. Quebec and the Struggle over Sovereignty*, Nueva York: Random House, 1980.

No n'hi ha prou, doncs, d'ésser la ciutat més gran del Mediterrani per esdevenir la Metropoli d'Occident. El milió d'habitants que té avui Barcelona d'aquí a poc temps el tindran Nàpols i Stambul. Cal ésser com ho és Barcelona òrgan d'un esperit nacional. ...

Profunditzarem més el coneixement de la realitat si ens fixem en la irradiació cada dia més potent de la vida urbana. ...

Es veritat que Barcelona absorbeix la quasi totalitat de l'excedent de la població catalana. Abans aquest excedent emigrava i d'ell es nodrien, per exemple, les colònies catalanes d'Amèrica que avui es decandeixen i es tornen velles i estantisses perquè la joventut resta aquí. En això Barcelona és també una ciutat tentacular, xucladora, que estén els seus tentacles per les riberes de la mar fins a Múrcia i Almería i que, terres endins, atrau cada dia homes i dones de qui sap on.

Però el fet més gran, el que converteix Barcelona en metropoli, el que marca una característica dels temps moderns és que està urbanitzant tota la població catalana. Els tres milions d'habitants que té Catalunya perden cada dia més la seva condició diferencial per emprar moral i materialment el tipus ciudatà.

Así del primer nacionalismo burgués se recoge "la idea" patriótica pero se olvida la desconfianza hacia la gran ciudad. Vic, capital del catalanismo neotradicionalista, es ridiculizado como "Comarquinal" en estos años en la novela *best-seller Laura a la ciutat dels Sants* (1931) de Miquel Llor. También el civismo conservador de los "noucentistes" como Eugeni d'Ors, que veían la ciudad como paso de un nuevo imperialismo mediterraneo queda matizado por Coromines:

Però no hem d'oblidar que el nostre potencial econòmic és molt limitat, que no som el centre d'un gran imperi, sinó el cor d'una petita nació. ... Assimilem el que tenim, ordenem aqueixa gran entesa d'obres i de vies començades. ... Vulgem fer de Barcelona la Metropoli de l'Occident mediterrani. Però pensem que on no hi ha la llibertat no hi ha hegemonia, i que tot allò que no puguem fer amb les nostres forces només amb la llibertat de la pàtria podrem pagar-ho (37).

En la misma línea, Pi i Sunyer teorizaba al "menestral" como la figura representativa del desarrollo económico, por fuerza urbano, de Cataluña desde el siglo XIX, y su epígono Vicenç Bernades llegaba a afirmar que Cataluña era una sociedad burguesa, pero no capitalista, dado su tejido productivo fraccionado, formado por una multitud de pequeñas empresas, pero centrado en la gran ciudad (38). Como dice Castelao, "Creo que digo la verdad al afirmar que una Cataluña sin Barcelona -eso es nuestra Tierra- sería un pueblo con menos voluntad política que Galicia" (39).

Castelao, sin embargo, no empezará a intentar situarse en este nuevo tipo de contexto político hasta los años de la Guerra Civil. Para entonces, la combinación de un mensaje social revolucionario con una temática institucional de corte

(37) P. Coromines, *Apología de Barcelona. El que hem de fer de la ciutat*, Barcelona: Circol Artístic, 1931, pp. 28, 33-34, 38-39.

(38) C. Pi i Sunyer, *op. cit.*, esp. pp. 110-111; V. Bernades, *Perspectives econòmiques*, Barcelona: Catalonia, 1935, pp. 83-85.

(39) A.R. Castelao, *SEG*, *op. cit.*, p. 195.

liberal-democrático clásico, que es el corazón del estilo populista catalán, se habrá generalizado, como esquema propagandístico del frente-populismo, hasta convertirse en un tópico de toda la publicidad oficial del mismo Estado republicano y de los republicanos, los socialistas, y, con especial intensidad, de los comunistas (40). Aún así, y refugiado en Barcelona tras su etapa valenciana, su relación con los catalanes sigue siendo externa, simbólica. Solamente la mitificación en el exilio juntará, en elaboradas metáforas neo-cristianas, cuando ya todo es palabras tras la derrota, a Castelar con el populismo catalán:

Pero ya habrá para el futuro, el grave inconveniente de que los más insignes hombres de España, propugnadores de esa salvadora teoría [federal] han caído. Uno, fue Companys, fusilado en Barcelona. Otro, Castelar, muerto en Buenos Aires. Queda Aguirre, el vasco recio. Y quedan, sobre todo, las semillas sembradas por Companys y Castelar, que mañana florecerán... (41).

Paralelos vistos desde un mapa estatal

Ya que Castelar fue durante largos años funcionario de estadística (como nos ha demostrado abrumadoramente Isabel Sánchez Casado) (42), vale la pena mirar cómo y por qué se puede diferenciar la realidad catalana de la gallega y al revés, concretando algo más allá de las afirmaciones generales de una sociedad industrial rica y otra agraria pobre. Planteemos un primer contraste. Es curioso ver como la administración del Estado se organiza y se define sobre el territorio: geográficamente, cada una de las dos "regiones" consiste de cuatro provincias (cubriendo un espacio parecido, algo más, Cataluña, y algo menos, Galicia, de 30.000 km²); cada una es una región militar histórica con capitánía propia, igual como cada una coincide con el ámbito de la audiencia territorial, o con la división universitaria, todo lo cual no ocurre, por ejemplo, con el País Vasco; luego, delegaciones de hacienda de primera clase en La Coruña y Barcelona, pero cinco comandancias de marina y una capital de apostadero o región naval para Galicia, contra solo dos comandancias para Cataluña. Es útil comenzar aquí, porque muchas de las quejas de los regionalistas del *fin-de-siècle*, miradas de cerca, son en

(40) La interpretación de Castelar como "marxistizado" en X. Alonso Montero, *Castelar*, Madrid: Akal, 1975, y del mismo autor, *Política y cultura en Galicia, 1977*, Lugo: Ediciones Celta, 1978, pp. 91-99, y también S. Alvarez, *Castelar y nosotros los comunistas*, La Coruña: Edición do Castro, 1984.

(41) G. Alvarez Gallego, "El ideario de Alfonso Castelar", *El Mundo* (Cuba), 17 enero 1950, p. 4, reproducido en X. Neira Vilas, *Castelar en Cuba*, La Coruña: Edición do Castro, 1983, p. 204. *La Vida e paixón de Castelar* (1950) de Xosé Núñez Búa, queda perfectamente entonado con Angel Ossorio y Gallardo, *Vida y sacrificio de Companys* (1943), Domènec de Bellmunt, *Lluís Companys: la seva vida, la seva obra, la seva mort gloriosa* (1945) o Josep M^a Poblet, *Vida i mort de Lluís Companys* (1976). Sobre este tema, véase E. Ucelay Da Cal, "La legenda dels tres presidents", *L'Avenç*, nº 50, junio 1982, pp. 60-66.

(42) I. Sánchez Casado, *Castelar: 24 años en la administración pública española (1916-1939)*, Barcelona: Anthropos, 1984.

realidad peticiones para la ampliación de servicios o puestos estatales "en provincias".

Lo que queda claro es que *visto desde el Estado*, Cataluña y Galicia eran entonces conjuntos más parecidos que diferentes. Las estadísticas sólo parecen confirmarlo: en el censo de 1920, la población total de Cataluña es de 2.344.719 habitantes, y el total gallego de 2.124.244. De las 54 ciudades españolas de más de 20.000 habitantes que no son capitales de provincia, Cataluña tiene 7 (o el 13%), con unos parámetros de aproximadamente 24 mil como población mínima de centro y 27 mil como máximo; Galicia, supuestamente tan rural, tiene 5 sobre 54, o el 9,3%, con un mínimo de 24 mil y máximo (Vigo) de 53 mil. Igual ocurre con los cálculos sobre densidad de población: Barcelona provincia ocupa el segundo lugar (175,46 hbs/km²) del *ranking* estatal entre Vizcaya y Guipúzcoa, pero Pontevedra (121,47) y La Coruña (89,67) ocupan el quinto y el sexto lugar; las cifras de Gerona (55,52), Lérida (25,90) o Tarragona (51,04) son perfectamente equiparables a Lugo (47,54) u Orense (59,10) (43). Lo único remarcable de Cataluña es la concentración urbana barcelonesa, que hace de esta la provincia más poblada de España; contrastado esto con los datos del censo de 1930, dentro de Cataluña la diferencia global de población se ha agudizado, en gran medida gracias al crecimiento de Barcelona capital. El resto del cuadro sigue comparable: si Lugo técnicamente ha perdido población, Gerona, Lérida y Tarragona están igualmente estancadas, mientras que hay crecimiento destacable en La Coruña, menor en Pontevedra y menor aún en Orense (44). Total, un panorama perfectamente congruente con la visión comparativa que Castelao tenía de las dos "regiones" como equiparables, también teniendo en cuenta su respeto por la expansión de Barcelona.

Pero los datos comparativos -vistos siempre desde el Estado- vienen a redundar en esta semblanza. En 1920, la población en "pueblos sin comunicar" entre Cataluña y Galicia es perfectamente comparable: 107 municipios sin comunicar,

(43) Todos los datos son de *España. Estudio geográfico, político, histórico, científico, literario, artístico y monumental*, Barcelona: Hijos de J. Espasa, 1925, pp. 385-386, 389, 537, 540 ss., 595. Como es natural, no se ha estilado la comparación interregional: más bien el enfoque es de economía "regional" ante el Estado, como el clásico X.M. Beiras, *O atraso económico de Galicia*, Vigo: Galaxia, 1972, que marca la visión lógicamente aceptada en Galicia (y que deriva de la tradición crítica tal como la presenta -entre otros- Castelao): "insolidaridade institucional", "colonización financeira" sobre una población caracteriza por "elevada densidade", "acusado ruralismo" y "espallamento xeográfico". Ver también, en esta línea *O Atraso" e nos*, La Coruña: Edicións do Castro, 1982. También para el período anterior, el estudio X.A. López Taboada, *Economía e poboación en Galicia*, La Coruña: Edicións do Ruedo, 1979. Sobre la compleja cuestión de densidad y organización municipal, véase J. Fariña Tojo, *Los asentamientos rurales en Galicia*, Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local, 1980, o M. Villarino Pérez, M.I. Fernández Justo, R. Rodríguez Martínez-Conde, "O proceso de concentración de poboación de Galicia: contribución á súa análise espacial", *Revista galega de estudos agrarios*, nº 9, 1983, pp. 109-146.

(44) *Anuario Estadístico de España*, Año XVII-1931, Madrid: Presidencia de Consejo, 1933, pp. 17-21.

con una población de 70.735, en Barcelona, por ejemplo, contra 16 municipios coruñeses y 74.631 habitantes; Pontevedra, se asegura, lo ha comunicado todo, logro al que no pretende haber llegado ninguna provincia catalana (45). Como se ve, las estadísticas de servicios estatales parecen haber insinuado unas leves ventajas para Galicia: miremos por ejemplos las cifras de escuelas nacionales y escolarización para el curso 1928-1929. Las cuatro provincias catalanas reúnen 2.636 escuelas estatales de primera enseñanza, contra 4.050 en las cuatro provincias gallegas, o sea casi las dos terceras partes (65%) cuando la población es mayor: Barcelona tiene 901 escuelas contra 1.101 en La Coruña, o hasta 1.086 en Orense, cuando esta última tiene menos de una cuarta parte de la población de la provincia catalana. La tónica de la matriculación es parecida: el número de niños y niñas matriculados en Cataluña es solo dos tercios (65,4%) del total gallego, y la cifra catalana de adultos en clases nocturnas es bastante menos de la mitad de la gallega (46). ¿Cómo valorar esta desproporción, sobre todo ante el insistente victimismo gallego? ¿Una mayor natalidad, luego más niños gallegos que catalanes? ¿Mayor analfabetismo a erradicar? Según la Junta Nacional contra el analfabetismo del régimen franquista, en 1940 en analfabetismo urbano en las provincias gallegas es del 20 al 30% de población, pero sólo alcanza esta cifra en Tarragona, estando por debajo del 20% en las restantes provincias catalanas; el analfabetismo rural es evidentemente más alto: 30-40% en Galicia, mientras que es de 20-30% en Barcelona, Tarragona y Lérida, y menos de 20% en Gerona. Donde realmente está el problema, según la Junta, es en el sur español, la Mancha, Andalucía, Murcia, con porcentajes mucho más altos, y sin la distorsión lingüística de un idioma diferente (47). Al final uno se queda con la broma de Castelao, que decía que las cosas importantes las consultaba con el fantasma de Montero Ríos. Dicho de otra manera, habría que preguntarse si el famoso tópico del caciquismo gallego no tenía sus contrapartidas, es decir que Diputaciones y delegaciones ministeriales no cumplían con su *spoils system*, y en consecuencia con su *porkbarrel*, a cambio de la cómoda garantía de los pucherazos.

Una primera conclusión tentativa, pues, es que la distribución automática de recursos estatales o públicos no es de por sí más favorable a Cataluña que a Galicia en tiempos de Castelao. Ahora, las mismas estadísticas nos van revelando una vasta diferencia entre las dos "regiones" en el terreno privado. Un ejemplo, ya que acabamos de hablar de educación: hay 720 mutualidades escolares constituidas en Cataluña entre 1912 y 1920 (296 en Barcelona), lo que constituye un 23,6% del total español, mientras que en el mismo periodo se constituyen en Galicia 104 (67 en La Coruña, 3 en Orense) o el 3,4% del total en el estado. Aquí sí que nos empezamos a encontrar con la Galicia tópica del atraso y la *saudade*, contra la

(45) España, *op. cit.*, gráfico ante p. 289.

(46) *Anuario Estadístico de España*, Año XVII-1931, *op. cit.*, pp. 50-51. Para la visión clásica gallega, en la dinámica Galicia y estado, véase la introducción de Gonzalo Anaya a Luis Bello, *Viaje por las escuelas de Galicia*, Madrid: Akal, 1973, pp. 20-29.

(47) A. Guzmán Reina et alii, *Causas y remedios del analfabetismo en España*, Madrid: Publicaciones de la Junta Nacional contra el Analfabetismo, 1955, pp. 37-38.

Cataluña del desarrollo y el *seny*. Los préstamos hipotecarios del Banco Hipotecario de España entre 1872 y 1921 son un total de 2275 para las provincias catalanas, el 17,9% del total español en pesetas, mientras que Galicia recibe 169, o sea, 0,97% del valor; doce años después, con cifras considerablemente mayores, los porcentajes se mantienen estáticos (18,1% y 0,98%) (48).

Miremos por lo tanto lo que podríamos llamar el asociacionismo corporativo. El Instituto de Reformas Sociales contabilizaba "asociaciones económico-sociales" como "patronales" (958 en Cataluña, o el 17,2% del total estatal, contra 422 en Galicia, o 7,6%), "obreras" (1.067 o 15%, contra 802 o 11,3%), "mixtas" (71 o 12,9%, contra 12 o 2,2%) e "instituciones no profesionales" (2.069 o 43,4%, contra 116 o 2,4%): sumando todo (ya que las categorías del Instituto pueden ser bastante arbitrarias) sale más de una quinta parte (21,9%) del total español de asociaciones económico-sociales en Cataluña, contra el 7,1% en Galicia (49). Mirando huelgas, que es una de las varias maneras de valorar este asociacionismo, entre 1915 y 1919, en las cifras oficiales se producen 140 huelgas en Barcelona, afectando 151.477 obreros, con 91.958 huelguistas, mientras que la máxima gallega es de dos huelgas en La Coruña, involucrando 388 obreros (son cierres totales). Para los años de la República, por ejemplo 1933, que es la culminación del ciclo de protesta laboral que se inicia con el cambio de régimen, Barcelona tiene 55 huelgas con 155.722 huelguistas, pero la macrocefalia barcelonesa deja muy atrás los pequeños conflictos en el resto de Cataluña; por contraste, en Galicia una consolidación de un nivel medio de movilización marca unas 16 huelgas en La Coruña con 4.705 huelguistas o 18 en Pontevedra con 8.613 (50).

Ante el argumento de que la clave de la situación estaba en el campo por contraste a la Cataluña industrial, miremos entonces las estadísticas de las entidades agrícolas existentes en 1920. Si bien otra vez topamos con el carácter opaco o arbitrario de los registros de asociaciones, los resultados tienen su significado: el mismo número de "federaciones agrícolas", la cifra de "sindicatos agrícolas" es muy cercana (414 en Cataluña y 398 en Galicia), el número de "asociaciones agrícolas" gallegas es el doble de la catalana (226 contra 102), y finalmente los totales de que tanto gusta a la estadística oficial dan una cifra global que es ligeramente favorable a Galicia (625 "entidades agrícolas" catalanas y 644 gallegas). Pero es duro observar 63 cajas de ahorros rurales en Cataluña contra 6 en Galicia (todas en La Coruña), o, más sorprendente aún, 7 sociedades económicas de amigos del país en Cataluña contra 2 en Galicia, o 30 "cámaras agrícolas" catalanas y sólo 5 gallegas (51).

No es que yo esté obstinado en demostrar que Cataluña no es Galicia o viceversa; evidentemente son sociedades muy diferentes. Tampoco es que yo crea

(48) *España, op. cit.*, pp. 350, 323; *Anuario Estadístico de España*, Año XIX-1934, Madrid: Presidencia de Consejo, 1935, p. 409, por falta de mejores indicadores, como la renta.

(49) *España, op. cit.*, p. 351.

(50) *España, op. cit.*, gráfico siguiendo p. 392; *Anuario Estadístico de España*, Año XIX-1934, *op. cit.*, p. 758.

(51) *España, op. cit.*, p. 360.

en una historia neo-pitagórica, donde se ha de llegar a la realidad a través de los números. Las estadísticas en España son algo indicativo, a veces tan sólo algo simbólico. Además, los datos presentados son solo una selección arbitraria que no sirve más que para dar una insinuación de por qué en términos políticos Galicia y Cataluña son precisamente tan diferentes. Este ejercicio no sería necesario si la ideología no pareciese insistir en hermanar a lo que son realidades distintas: que esto se haga políticamente tiene un cierto sentido, aunque también comporta un coste alto; que se haga de nuevo, encima, desde la historiografía, analizando tan sólo lo que se dijo y no lo que se hizo, y sin tener en cuenta el límite de lo que se podía hacer, lleva a la plena reinención de la realidad pasada. Porque -durante la plenitud política de Castela- *la diferencia entre Galicia y Cataluña no parece estar en la diferencia del tratamiento por parte del Estado central, sino en la capacidad de la misma sociedad a suplir, completar o presionar lo que el Estado no le daba*. Justamente por esta razón, no hay otra posibilidad de solidaridad que la más verbal, frágil y superficial, entre el populismo catalán y el galleguismo representado por Castela.

Conclusión: comparando lo que no es comparable

El populismo catalán de los años treinta, entonces, más que una ideología sería un complejo de reacciones sentidas desde diversos puntos de la sociedad catalana más o menos al mismo tiempo. En primer lugar, Cataluña tenía un innegable centro urbano, que había duplicado su población en veinte años (1910-1930) hasta ser la capital más grande de la Península. Aspirante a "ciudad-región" en el término de Jacobs, tenía una infraestructura capaz de generar sus propios servicios cuando el Estado no los ofrecía; hay así la base incipiente para plantear una alternativa al Estado.

El regionalismo catalán no pudo lograr construir una hegemonía política genuina, dominando electoralmente sólo en la provincia de Barcelona y controlando el aparato de la Mancomunidad de 1914 a 1924, cuando el delicado equilibrio -casi una alianza- de la Lliga con los militares de la Capitanía de Cataluña desde 1919, finalmente se rompió. Sin embargo, el gran logro de los regionalistas fue la implantación de una verdadera "cultura cívica", una teoría de la nación catalana y del desarrollo que era flexible, que daba una explicación del pasado histórica, adecuada para la masificación y que era una respuesta más que eficaz a la mitología propia del Estado español. Por encima de todo, al situar el mito del pasado catalán en términos liberales (la identificación de las "libertades" feudales con la libertad democrática), y al plantear un nacionalismo *inclusivo*, en tanto que lingüístico, en vez de *exclusivo* (52), el modelo de "cultura cívica" del regionalismo burgués potencialmente se podía abrir a la izquierda, haciendo posible una síntesis

(52) Esta sugerente y sencilla tipología en A. Summers, "The Character of Edwardian Nationalism: Three Popular Leagues" en P. Kennedy & A. Nicholls, *Nationalist and Racialist Movements in Britain and Germany before 1914*, Londres: Macmillan, 1981, pp. 67-87.

sis integradora que de hecho se produce como eclosión cultural bajo la Dictadura de Primo de Rivera (53). Esto se pudo realizar en buena medida porque el esquema regionalista, aunque en principio muy elitista y restringido, contaba con la capacidad de incorporar las formas de acción cívica, de asociacionismo como mútuas médicas o escolares, ateneos populares, cooperativas de producción o de consumo o hasta formaciones corales y grupos excursionistas, que caracterizan la vida social catalana desde la segunda mitad del siglo XIX en adelante. Y esta capacidad fue a su vez producto del enfoque que el regionalismo en pocos años logró dar a la política catalana, orientándola de espaldas al estado central, e impulsando la conciencia de un marco político colectivo más allá de los municipios, a través de las diputaciones provinciales, en un espacio regional *sui generis*.

Al mismo tiempo desde la nueva izquierda catalana que asumía la herencia del regionalismo, era posible soñar seriamente con integrar políticamente al movimiento obrero organizado, primero, justamente porque al estar sindicalizándose el obrerismo, éste podría ser receptivo, ya que se podría llegar a pactar acuerdos favorables a la construcción sindical, y segundo, porque se podría contestar la reivindicación de una representación democrática más profunda la posibilidad -que se dejaba entrever- de un reconocimiento corporativo de los sindicatos en la dirección no ya de la economía sino hasta de las mismas instituciones (que es la razón porque la experiencia de 1936-1937 no fue una ruptura, sino una culminación). La izquierda catalana, en proceso de lenta confluencia entre republicanos y nacionalistas a lo largo de los años veinte, podía insinuar todas estas ofertas porque el movimiento obrero en Cataluña, en tanto que, de predominio anarcosindicalista, no tenía ala política como era el caso de la UGT, y así existía un terreno de coqueteo persistente entre cenetistas y republicanos. Esta apertura permanente de la izquierda catalana hacia los sindicatos, marca la diferencia profunda que existió entre el populismo catalán tal como se consolidó en los años treinta y el republicanismo español simbolizado por Azaña. El problema principal de los republicanos españoles era la reforma agraria, porque no tenían acceso al obrerismo si no es por medio de PSOE-UGT, y el terreno principal de crecimiento socialista estaba cada vez más claramente al campo del sur español (54). En cambio, el problema principal para el republicanismo catalán de la Esquerra era lograr estabilizar las relaciones laborales y así "captar" o incluir a la CNT.

Para la Esquerra, el movimiento aparcerero catalán, la Unió de Rabassaires, creado y dirigido por republicanos desde 1922 hasta 1936, era en esencia un contrapeso al obrerismo, con el que se podía llegar a construir un triángulo con sindi-

(53) F. Vallverdú, "L'edició catalana de 1923 a 1930", *Els Marges* (Barcelona), nº 9, 1977, pp. 23-50. J. M^a Roig i Rosich, "Primo de Rivera i Catalunya", *L'Aveng*, nº 56, enero 1983, pp. 33-36, y del mismo autor, "L'impacte en el món cultural", *ibid.*, nº 72, junio 1984, pp. 70-74.

(54) Véase A. de Blas Guerrero, *El socialismo radical en la II República*, Madrid: Tucur, 1978, y M. Contreras, *El PSOE en la II República: organización e ideología*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1981. Ya en 1921 el 48,3% de los más de 45 mil afiliados del PSOE era de Andalucía, *España, op. cit.*, p. 431.

catos obreros y agrarios como los ángulos de la base y el partido populista y gubernamental que controlaba la Generalitat como el ápice. Pero la efervescencia entre los grupos anarquistas en la dirección cenetista desmontó el juego entre 1931 y 1932, y la Esquerra para 1934 se encontró siguiendo una dinámica agrarista en realidad secundaria, que sólo era una pérdida de equilibrio, como el desarrollo de la conflictividad social que culmina en 1936-1937 no tardaría en demostrar (55). La proyección aparcería del populismo, sin embargo, garantizaba la interacción política entre campo y gran ciudad, y permitía la proyección comarcal de lo que en gran medida, como hemos visto, era un proyecto barcelonés. Así se lograba apoyo para el populismo mientras se esperaba que los anarcosindicalistas entrasen en razón, y la aceptación de una dirección metropolitana se lograba a cambio de resolver el acceso a la tierra, lo que *en teoría* era una reforma agraria fácil de proponer porque no trastocaba la estructura básica de la explotación agraria catalana (ya que sólo eliminaba el último nivel, el del pago al propietario).

Como contraste, Galicia -y por extensión un proyecto de "populismo democrático galleguista" como el de Castelao- no tenía un enfoque urbano claro (el pleito aún existente de la capitalidad) (56), ni una "cultura cívica" claramente articulada (sólo unas propuestas sentimentales estimuladas desde la nostalgia de las comunidades emigrantes, foco de surgimiento del arredismo) (57), ni un movimiento obrero bien organizado y claramente predominante (a pesar de los múltiples focos socialistas, libertarios, o hasta comunistas) (58), ni tan siquiera un movimiento campesino bien *coordinado* con soluciones agrarias fáciles y realizables.

En marcada desemejanza con Cataluña, Galicia no tenía un mercado cultural modernizado en idioma propio, ni tampoco -en consecuencia- una estandarización lingüística (equivalente a la reforma de Pompeu Fabra en el idioma catalán) que permitiese una expansión cultural hacia un público de masas (lo que fue el resultado algo paradójico de la represión anti-catalana bajo Primo de Rivera). Es por todo esto que Castelao objetivamente fue un fracaso político. Pero el contraste entre la dinámica histórica catalana y la gallega nos sugiere una explicación de por qué es mucho más fácil confeccionar un mito sincrético y aceptable de

(55) R. Vinyes, *La Catalunya internacional*, Barcelona: Curial, 1983, pp. 98-123, 205-216. La descripción clásica de la Unió de Rabassaires es la de A. Balcells, *El problema agrari a Catalunya*, Barcelona: Nova Terra, 1968.

(56) B. Cores Trasmonte, *La sociedad incompleta: el drama de la capitalidad de Galicia*, La Coruña: Edición do Castro, 1981.

(57) Véase A. Zubillaga Barrera, *El problema nacional de Galicia*, Montevideo: Patronato da Cultura Galega, 1974, pp. 29-32; el macianismo inicial de los "arredistas" americanos se puede ver en Fuco G. Gómez, *Naciones ibéricas*, La Habana: Rambla, Bouza y Cia, 1931, esp. pp. 25-26.

(58) M. González Probados, *Movemento obreiro e socialismo: A Coruña, 1931-1933*, La Coruña: Edición do Castro, 1983; D. Pereira González, "A CNT no Campo Galego (1931-1936)", *Cuadernos de Estudios Galegos* (Santiago), XXXI, n^{os} 93-94-95 (1978-1980), pp. 245-270; S. Alvarez, *Memoorias I*, La Coruña: Edición do Castro, 1985. Véase la bibliografía actualizada por L. Fernández Prieto sobre movimientos sociales en *Anthropos* (Barcelona), n^o 65 (1986), número monográfico sobre Castelao, pp. 53-55.

Castelao en la Galicia de la Xunta en los años ochenta, que lo sea para presentar una promoción atractiva y convincente de Macià, de Companys, o incluso de Cambó, en Cataluña bajo el signo pujolista.

Como ya he argumentado, el populismo catalán tenía, más que un enfoque, una profunda raíz urbana. Podía disfrutarse de una vertiente de agitación rural, pero su cauce era la "Catalunya-ciutat" como proyecto de futuro atractivo a diversas clases o a sectores sociales muy dispares, y esto era debido al predominio claro de Barcelona en la sociedad catalana. Esto era todo lo opuesto a cualquier proyecto populista gallego, que tenía que presentarse como rural (ahí estaba Basilio Álvarez para demostrarlo) (59), ya que la percepción colectiva de la misma sociedad gallega daba una importancia absoluta a su propio carácter campesino, no urbano y no-industrial, fuese o no del todo verdad. Más en concreto, un proyecto como el de Castelao era demasiado idealista, primero porque se preocupaba más de la conceptualización plástica de los problemas gallegos que de su análisis (siempre fue mucho más artista que estadístico), y luego, porque no se basaba en necesidades concretas con respuestas concretas (como en Cataluña podía ser la Unió de Rabassaires), sino que, por el contrario, se presentaba como la búsqueda de una respuesta general, nacional o global a *todos* los problemas de la sociedad gallega (con lo que en *Sempre en Galiza* se pueden encontrar recetas para todos los gustos, desde la autonomía, al "federalismo internacionalista" hasta la independencia, aunque esta ambigüedad no es ni much menos privativa de él ni del galleguismo).

Un proyecto así gana plausibilidad -como mínimo en el plano teórico- situado en una perspectiva más amplia: algunos comentaristas ingleses o americanos, por ejemplo, veían una solución campesina parecida como el futuro ideal para Europa Central y Oriental como salida del período de entreguerras hacia un mundo mejor después de la Segunda Guerra Mundial (60). En la práctica, un populismo campesino saldría de necesidades rurales tirando hacia algo muy difícil de lograr -como ya ironizaba Marx a mediados del siglo pasado- que es la repre-

(59) X. Costa Clavell, "Basilio Álvarez y el nacionalismo gallego", *Nueva Historia* (Madrid), II, nº 12, enero 1978, pp. 103-109. Para los antecedentes, J.A. Durán, *Agrarismo y movilización campesina en país gallego (1875-1912)*, Madrid: Siglo XXI, 1977, y la reedición de B. Álvarez, *Abriendo el surco* [1913], Madrid: Akal, 1977. También véase los comentarios de X. Alonso Montero sobre el uso sistemático del castellano por Álvarez en sus discursos al campesinado, en su *Política e cultura...*, *op. cit.*, pp. 149-159. También P. Vázquez Cuesta, "O Campesino galego en Castelao", *A Nosa Terra* (Vigo), Extra 5-6 (Castelao-Bóveda), 1986, pp. 51-55.

(60) Pienso sobre todo en Hugh Seton-Watson, *Eastern Europe between the Wars 1918-1941*, Cambridge (UK): Cambridge University Press, 1945. La temática sin duda inspiró a muchos autores españoles (como también traducciones) durante la IIª República: M. Granados, *La reforma agraria en Europa y el proyecto español*, Madrid: Castro, 1932; R. de Belausteguidotia, *Reparto de tierras y producción nacional*, Madrid: Espasa-Calpe, 1932; Amadeu Aragai, *El problema agrari català*, Barcelona: s.e., 1933; Juan Díaz del Moral, *Las reformas agrarias europeas de la posguerra 1918-1929* (1938), Madrid: Revista de Derecho Privado, 1967; A. Wauters, *La reforma agraria en Europa*, Madrid: Ed. España, 1931.

sentación corporativa estable, duradera pero genuina del campesinado, con la dificultad de encontrar interlocutores válidos, de confianza, para los agricultores, teniendo en cuenta la facilidad con que representantes salidos de entre los mismos campesinos pueden "transformarse" política y socialmente (como pasa, por ejemplo, con el Partido Nacionalista Campesino rumano en los años veinte) (61). La Unión Agraria búlgara dirigida por Stambuliski en los años 1919-1923 es la prueba que un populismo rural puede ser una gran fuerza pero no necesariamente una solución eficaz (hablando puramente en términos de resultados políticos) (62).

Para acabar, vale la pena recordar otra vez, entre tanto elogio, que Castelaο murió como un fracasado, mientras que, como observó hace años Payne, Macià fue el único "statesman" o político español del siglo XX de cierta relevancia (hasta la muerte de Franco, se entiende) que murió en la cama siendo un éxito (63). No son ganas de molestar con una *boutade*, sino la necesidad de subrayar justamente por qué son engañosas las semejanzas que se pueden plantear entre los nacionalismos y/o regionalismos que rechazan el nacionalismo estatal español. Castelaο hoy es un éxito, pero como dice Justo Beramendi, con los hijos de los caciques que él quería desterrar piadosamente invocando su nombre. Es un éxito hoy porque escribió libros (obras, que uno sospecha son tan poco leídas como todos o casi todos los textos teóricos) (64) y porque dejó tras sí un enorme legado de caricaturas y dibujos (que sí son todavía de una gran eficacia e impacto, y por lo tanto muy conocidos).

En cambio, los dirigentes de la Esquerra no escribieron nada de relevancia, sino que crearon un edificio político a base de discursos de casino, y lo pudieron hacer porque el populismo catalán fue una coyuntura colectiva, con muchas entradas contradictorias, más o menos una manera momentánea de entenderlo todo (casi hay la tentación de usar como recurso el término *Weltanschauung*, tan popular en la Alemania de entonces). Castelaο, por el contrario, fue el autor de un proyecto específico, casi personal. El lo explicó, como siempre con vez suave, diciendo que "El País Vasco era un 'hecho diferencial' impulsado por la memoria; Cataluña era un 'hecho' basado en la voluntad; Galicia era un 'hecho' creado por la inteligencia e impulsado por la imaginación" (65).

(61) F. Veiga, "El vot agrari de la Guàrdia de Ferro, Romania 1929-1937", *Estudis d'Història Agrària*, nº 4, Barcelona: Curial, 1983, pp. 215-234, esp. pp. 216-219.

(62) George D. Jackson Jr., *Comintern and Peasant in East Europe, 1919-1930*, Nueva York: Columbia University Press, 1966, pp. 159-180.

(63) S. Payne, *The Spanish Revolution*, Nueva York: Norton, 1970, p. 115.

(64) Una indicación puede ser la pequeña y decepcionante *Introducción ao "Sempre en Galiza"* de Eduardo Gutiérrez, La Coruña: Ediciós do Castro, 1986, que resulta ser tan sólo una pequeña antología de textos.

(65) A.R. Castelaο, *SEG*, op. cit., p. 195.